EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DUDAS Y CELOS

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON CALISTO NAVARRO

MUSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNANDEZ

Estrenada con aplauso en los Jardines del Buen-Retiro de Madrid la noche del 18 de Julio de 1878.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
Pez, 40, segundo: Minas, 2, segundo.
1878

DUDAS Y CELOS

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON CALISTO NAVARRO

MÚSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNANDEZ

Estrenada con aplauso en los Jardines del Buen-Retiro de Madrid la noche del 18 de Julio de 1878.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. C. CONDE Y C.ª
Calle de los Caños, número 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARÍA........	Sra. D.ª Enriqueta Toda.
DOÑA ENRIQUETA.....	Srta. D.ª Consuelo del Peral.
LUCÍA	Sra. D.ª Patrocinio Ferreti.
DON LUIS...........	Sr. D. Maximino Fernandez.
PEREA..............	Emilio Carratalá.
D. PEDRO...........	José Bosch.
ALCALDE............	Enrique Mazoli.

Coro de Alguaciles.

EPOCA DE FELIPE V.

ACTO ÚNICO.

La escena dividida: á la derecha, calle, y á la izquierda, el interior de una casa bien amueblada, al gusto de la época: en la pared divisoria, reja y puerta practicables; la primera en primer término. En el lado correspondiente á la calle, se verá, á la derecha, la fachada de la casa de D. Pedro, con puerta practicable; cada bastidor figurará una calle, y en el fondo una capilla conuna imágen, alumbrada por un farol: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CORO de alguaciles que atraviesan la calle. LUCÍA, en la casa, durmiendo en un sillon; poco despues DOÑA ENRIQUETA.

MÚSICA.

CORO.
Ya todo el vecindario
durmiendo está,
y nada se percibe
ni aquí, ni allá.
Ni lances, ni tapadas
se encuentran hoy,
y al fin, sin cuchilladas,
me voy, me voy.
Andad, andad,
que está toda la villa
sin novedad.
Corred, corred,
que ya hemos terminado
nuestro quehacer. (Váse el coro.)

HABLADO.

LUCÍA. Válgame el Señor Santísimo, (Despertando)
qué terrible pesadilla!
Siempre atrevidos donceles
que enamorados me miran,
y mi recato atentando
ser mis amantes codician.
Dios me libre de tamaña
desventura!... Ave María!

DOÑA ENRIQ. (Saliendo.) Lucía!

LUCÍA. Doña Enriqueta!

DOÑA ENRIQ. Vino don Pedro de Urquiza?

LUCÍA. Nó, señora.

DOÑA ENRIQ. No? Y don Luis?

LUCÍA. Tampoco!

DOÑA ENRIQ. Y don Juan!

LUCÍA. Manía
singular! No vino nadie.

DOÑA ENRIQ. Te habrás quedado dormida,
y aunque hayan llamado!...

LUCÍA. Nada.
No llamó nadie; vigía
soy, por mi fe, á quien no es fácil
coger en renuncio;—y diga,
si no es pregunta indiscreta
la pregunta que dirija:
¿con qué objeto, jóven siendo,
y, segun todos, bonita,
os exponeis á ser pasto
del vulgo, que en sus hablillas
quizá lleva vuestro nombre
por las calles de la villa?

DOÑA ENRIQ. El vulgo siempre es el vulgo,
y la que en algo se estima,
desprecia murmuraciones
que en nada su honor mancillan.
Desde la infancia he vivido
en la clausura sumida,
sin ver más que de las madres
el ropon y la toquilla.

Murió mi padre, y entónces
de allí sacóme el Urquiza,
para hacerme soportar
sus rancias majaderías.
Hoy ya los veinte he cumplido,
y necia, en verdad, sería
si cuando por todas partes
placer el mundo me brinda,
pusieran coto á mis pasos
pueriles habladurías.

LUCÍA. Peró, venga acá, diablillo!
No es ya cosa convenida
que se case con Don Pedro?

DOÑA ENRIQ. Segun él, sí; yo sumisa
me someto á sus mandatos,
y de este modo, tranquila,
sin temer su vigilancia,
pues en mi afecto confía,
desecho el aburrimiento,
como puedo.

LUCÍA. Bien se explica!...
Con tal fin habla, sin duda,
con don Luis por la rejilla,
jurándose amor eterno
sin que el viejo se aperciba?

DOÑA ENRIQ. No lo niego.

LUCÍA. Item. Por eso
viene hace ya cuatro dias
otro imberbe caballero,
de engalanada ropilla,
de blondos cabellos negros,
y de gentil gallardía.

DOÑA ENRIQ. Y bien?

LUCÍA. Por Dios enclavado!
Pero no veis que esta vida
no puede seguir así?
No veis, señora, que un dia,
si se descubre el pastel,
se arma aquí una tremolina,
y pierde vuestro buen nombre
si interviene la justicia?

DOÑA ENRIQ. No temas, yo haré las cosas

sin que enterarse consigan.
La fortuna amo en don Pedro,
por más que en cincuenta frisa;
en don Juan la travesura,
y en don Luis la valentía;
y si de los tres escucho
de amor las dulces mentiras,
cuando me canse, motivo
les doy á que se despidan,
y en pos de nuevos amores
correr verásme aturdída.

LUCÍA. Mas, ved...

DOÑA ENRIQ. Lucía, ya basta!
Hoy pienso que se descuidan
mis galanes, y no es justo
hacerles más cortesía.
Ven; cuando lleguen que llamen,
si es que hablarme solicitan.

LUCÍA. Pero se oirá desde dentro?

DOÑA ENRIQ. Estamos cerca, descuida. (Entran las dos.)

ESCENA II.

DOÑA MARÍA, vestida de hombre, y PEREA, ambos embozados salen de casa de D. PEDRO.

DOÑA MARÍA. Sal pronto, y cierra sin ruido!

PEREA. Señora del alma mia!
Ved, por Dios, lo peligroso
de tamañas correrías!

DOÑA MARÍA. Silencio!

PEREA. Mirad, señora!...

DOÑA MARÍA. Basta, Perea!

PEREA. (Si un dia,
sabe don Pedro el negocio,
me va á tronzar las costillas...)

DOÑA MARÍA. (Si piensa don Luis, acaso,
divertirse á costa mia,
caro ha de salirle el juego.)

PEREA. Quién dijera, por mi vida,
que una mujer tan honesta
como vos, y tan sencilla,
habia de entrometerse
en lance de tal cuantía!
DOÑA MARÍA. Qué quieres? Este es el mundo.
PEREA. Ya lo veo!
DOÑA MARÍA. Esta es la vida!
PEREA. Y qué pretendeis, haciendo
el amor á la pupila
de vuestro padre?
DOÑA MARÍA. Vengarme
de su vil coquetería;
burlar á ese fementido,
que por nécias fruslerías
pretende, á fuerza de celos,
destrozar el alma mia.
PEREA. Pues si es por dar celos sólo,
no merece tan asídua
atencion.
DOÑA MARÍA. Y tú no sabes,
que donde existen cenizas
para encender una hoguera,
á veces, basta una chispa?
PEREA. Podrá ser, que yo no entiendo
de esas chisporroterías.

MÚSICA.

DOÑA MARÍA. Es el amor un tierno sentimiento
que nuestras almas puras ennoblece,
y que al sumir en dulce arrobamiento
la dicha por do quiera nos ofrece.
Esto es querer,
esto es amor,
por él tan sólo
suspiro yo.
PEREA. Es el amor un bárbaro tormento
que descoyunta á aquel que lo padece,
y el que se cansa de quejarse al viento
se pone mústio, feo y palidece.

Esto es querer,
esto es amor,
para el demonio
que lo inventó.

DOÑA MARÍA. Quien lo busca...
PEREA. Se chamusca!
DOÑA MARÍA. Y es querido...
PEREA. Se ha lucido!
DOÑA MARÍA. Mil placeres...
PEREA. Que si quieres!
DOÑA MARÍA. Encontró.
PEREA. No seré yo!
DOÑA MARÍA. Que olvidando las penas amargas
que en el mundo se suelen sufrir,
vé colmada su dulce esperanza
y respira dichoso y feliz.
PEREA. Que es, por Dios, muy pesada la carga,
y su peso no quiero sufrir,
porque sólo se ve en lontananza
un martirio feroz y sin fin.

HABLADO.

DOÑA MARÍA. Y tú, qué sabes?
PEREA. Ni quiero,
que el pensarlo me dá grima.
Mas decidme, no temeis
que os conozca la indivídua?
DOÑA MARÍA. No es posible; una vez sola
me ha visto cuando era niña.
PEREA. Si os vió en el balcon!...
DOÑA MARIA. Bien sabes
que al tenerla por vecina
comenzaron mis temores,
y siempre que la veia,
para ocultar mis enojos,
me estaba tras la cortina.
PEREA. Siendo así, no digo nada;
yo por vuestro bien lo hacia.
DOÑA MARÍA. Haz la seña!
PEREA. (Dando dos palmadas.) Hago la seña.

(Al ruido de las palmadas asoman en la habitacion, Doña Enriqueta y Lucia, quien va á mirar por la cerradura de la puerta.)

DOÑA ENRIQ. Has escuchado? (Saliendo.)
LUCÍA. (Saliendo.) Sí.
DOÑA ENRIQ. Aplica.
el ojo á la cerradura
y vé quién es.
LUCÍA. Voy.
DOÑA MARÍA. Remisa
está en salir.
PEREA. Repitamos
la señal. (Dando otras dos palmadas.)
DOÑA ENRIQ. No se descuida.
LUCÍA. Es Don Juan.
DOÑA ENRIQ. Abre y pregunta.
PEREA. Ya creo que se aproximan.

ESCENA III.

DOÑA MARÍA y PEREA, en la calle; DOÑA ENRIQUETA y LUCÍA, dentro de la casa.

LUCÍA. Quién vá allá? (Abriendo la reja.)
PEREA. (Uf, que es la vieja!)
Soy yo, respetable anciana,
y traigo de mi amo queja,
porque no sale á la reja
de su amor la soberana.
LUCÍA. Cerca está.
PEREA. Llámala, pues,
y si quieres de camino
verme cual siempre, cortés,
salte por aquí despues.
LUCÍA. Saldré.
PEREA. (Pécora!)
LUCÍA. (Ay, ladino!)
DOÑA ENRIQ. Mal hace quien siente enojos (Asomándose.)
y vá á ocultarlos tan léjos,
queriendo darme sonrojos.

DOÑA MARÍA. Es que la luz de tus ojos (Acercándose).
me ciega con sus reflejos.
DOÑA ENRIQ. Los cerraré.
DOÑA MARÍA. No, por Dios!
porque si sufro amarguras
yendo de su lumbre en pos,
no contemplando esos dos
luceros, camino á oscuras.
LUCÍA. Ya estoy aquí, seor lacayo. (Desde la puerta.)
PEREA. Bien venida sea la dueña,
que aunque envuelta en negro sayo
en verla mi amor se empeña...
(dividida por un rayo!)
LUCÍA. Tanto me aprecias?
PEREA. Sí, á fé;
mas no tan pegada al quicio
de la puerta.
LUCÍA. No, y por qué?
PEREA. Porque mirarte no sé
tan cerca del sacrificio.
(Por Enriqueta y Doña María que hablan en la reja).
LUCÍA. Fuera alejarse locura.
PEREA. No hay peligro.
LUCÍA. Quién lo abona?
PEREA. Mi respeto y tu cordura.
LUCÍA. Salgo pues.
PEREA. Mayor ventura.
nunca alcanzó mi persona.
(La coje de una mano y la lleva al otro extremo).
DOÑA ENRIQ. Tan poco fias?
DOÑA MARÍA. Quién sabe?
PEREA. Despacio! (A Lucía que le tropieza).
LUCÍA. (Caminando). Está tan oscuro...
DOÑA MARÍA. Si quieres que el ceño acabe,
accede á darme esa llave
para estar yo más seguro.
DOÑA ENRIQ. Toma, pues. (Le da una llave).
DOÑA MARÍA. (Besándole la mano). Calmas mi acceso
de ese modo, ¡prenda amada!...
LUCÍA. Escuchaste?
PEREA. Leve exceso!
LUCÍA. Un beso sonó!

PEREA. Es que un beso
á oscuras no vale nada.
LUCÍA. Pero yo debo velar!
PEREA. Para qué? Inútil quehacer!
De bala que oigas silbar,
y de beso que estallar
escuches, no hay que temer.
Además, pruebas bien claras
daré, que salden mis cuentas;
que están sin luz, no reparas,
y no viéndose las caras,
los pobres andan á tientas.
DOÑA MARÍA. Ya que atendiendo á razones
de esta llave me haces dueño,
podrán nuestros corazones,
sin temer murmuraciones,
arrobarse en dulce sueño.
DOÑA ENRIQ. Alguien viene!
DOÑA MARÍA. Puede ser!
DOÑA ENRIQ. Aléjate.
DOÑA MARÍA. Qué temor
junto á mí puedes tener?
DOÑA ENRIQ. Si alguno te acierta á ver
padece en ello mi honor.
DOÑA MARÍA Adios, pues.
DOÑA ENRIQ. (Cerrando). El te proteja.
LUCÍA. Gente se aproxima. Adios!
PEREA. (Gracias á Dios que me deja.)
Tan pronto?
LUCÍA. Cerró la reja
y de ella debo de ir en pós.
PEREA. Pues vete, y que otra vez sea
más larga nuestra entrevista.
LUCÍA. Quiéralo Dios. (Qué conquista!)
(Lucía entra en la casa y cierra la puerta.)
DOÑA MARÍA. Otro galan más, Perea.
PEREA. Pues á seguirle la pista;
y mucha fortuna tiene
si mis ojos no le ven.
DOÑA ENRIQ. Aquí el temor me detiene, (A Lucía.)
por si es Don Luis el que viene
déjame sola.

LUCÍA. Está bien. (Marchándose.)
DOÑA MARÍA. De salir bien con mi idea
he de hallar al fin el modo.
PEREA. Pues no hay que apurarse, ea!
porque, señora, Perea
siempre sirvió para todo. (Se esconden.)

ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA MARÍA y PEREA, ocultos, DOÑA ENRIQUETA en su casa.

DON PEDRO. Preciso es aprovechar
la ocasion que me depara
la suerte, para venir
á platicar con mi dama.
DOÑA MARIA. Mi padre! (Asomándose.)
PEREA. (Quién lo diria!)
DON PEDRO. Lleguemos á la ventana.
DOÑA ENRIQ. Ya se acercan!
DON PEDRO. Llamaremos. (Llamando.)
Abrid, bien mio!
DOÑA ENRIQ. Quién llama? (Abriendo.)
DON PEDRO. Soy yo!
DOÑA ENRIQ. Don Pedro! A estas horas?...
DON PEDRO. Sí, Enriqueta; en el Alcázar
hoy me toca de servicio;
y antes de que se cerraran
las puertas, á veros vine
de mi ardiente amor en alas.
DOÑA ENRIQ. Fineza, Don Pedro, es esa
que bien me dice á las claras
del modo que vuestro afecto
mi tierno cariño paga.
DON PEDRO. Vuestro honrado y noble padre,
cual bravo murió en campaña,
tanta virtud y hermosura
dejándome encomendadas.
Yo gentil, vos hechicera

yo rendido, y vos prendada,
bien pronto al lábio indiscreto
dieron valor las miradas.

DOÑA ENRIQ. Ay! Don Pedro!

D. PEDRO. Ay, Enriqueta!
Bien sé de mí estais prendada.
que siendo el galan tan dulce,
golosa ha de ser la dama;
pero ya saber es fuerza
cuándo pensais que se hagan
nuestras bodas, porque es justo
que tal amor premie el ara.

DOÑA ENRIQ. Tened paciencia!

D. PEDRO. No puedo!

DOÑA ENRIQ. Bien espera, quien bien ama!

D. PEDRO. Mal quiere, quien no pregunta
cuándo terminan sus ánsias.

PEREA. (Tierno el vejete se pone,
y mal á sus años cuadran
palabras de mozalvete,
dichas con voz de carraca.)

D. PEDRO. Tan pronto?

DOÑA ENRIQ. Es fuerza, Don Pedro,
que no está bien que una dama
su buen nombre comprometa.
Entrar podeis en la casa,
que títulos y derechos
teneis para ello.

D. PEDRO. No bastan;
y además, de esta manera
disfruto más á mis anchas,
lo que á la fuerza pudiera
tener, logrando por gracia.

DOÑA ENRIQ. Como gusteis.

D. PEDRO. Solamente
os exijo la palabra,
de que cuando venga luego
de retorno, hácia mi casa,
habeis de escuchar mis quejas
un rato en esta ventana.

DOÑA ENRIQ. (Por prometer nada pierdo.)
Así lo haré si os agrada.

D. PEDRO. Siendo así, contento parto.
DOÑA ENRIQ. Y yo me alejo sin alma,
que arrebatármela supo
esa figura gallarda.
D. PEDRO. Quede con Dios la hechicera!
DOÑA ENRIQ. Con él mi señor se vaya.
(Cerrando la ventana.)
(Já! já! já! es sin duda alguna
de los tres el de más gracia.) (Váse.)
D. PEDRO. Oh! Travieso Cupidillo
qué de triunfos me deparas!
Ejem! Ejem!... El relente
está visto que me daña. (Mutis)

ESCENA V.

DOÑA MARÍA y PEREA.

PEREA. Gracias á Dios que nos deja (Saliendo.)
respirar, al fin, con calma.
DOÑA MARÍA. Perea, ahora es necesario
dar principio á nuestra farsa.
Cuando don Luis aquí llegue,
que ya en venir se retrasa,
procura salirle al paso,
y sin mostrar asechanza,
cuéntale, que desde el dia
en que dejóme enojada,
ni de él he vuelto á acordarme,
ni lamento mi desgracia,
ni su nombre he pronunciado,
ni pienso en él para nada.
Intenta del mismo modo
despertar celos en su alma,
diciendo que un primo mio,
que há poco llegó de Francia,
de mi hermosura prendado...
(y piensa eres tú quien habla)
mi mano ha pedido á padre
que quiere hacerle esa gracia.

PEREA. Comprendido; se reduce
mi mision, segun se palpa,
á darle racion de celos,
meter la duda en su alma,
y al escitar su coraje
comprometer mis espaldas?
Lo hará así por daros gusto
quien en serviros se afana.

DOÑA MARÍA. Pues bien, ábreme la puerta
porque así dentro de casa
esperar será más fácil.

PEREA. Yo me quedo?

DOÑA MARÍA. Sí; mas trata
de verle ántes que á Enriqueta
pueda hablar en la ventana.

PEREA. Está bien.

DOÑA MARÍA. Procura estarte
no muy léjos de la casa,
por si conviene á mis planes
salir de nuevo á campaña.

PEREA. Se hará como lo habeis dicho.

DOÑA MARÍA. Adios, y á ver si trabajas
el asunto, de manera
que á mis piés rendido caiga.
(Entra en su casa.)

ESCENA VI.

PEREA.

Oh! Mujeres desalmadas,
parientas de Lucifer!...
Es preferible, á mi ver,
tener que andar á estocadas,
porque allí si uno es más diestro
pincha al otro y se la lleva.
pero estas hijas de Eva
dan cuchillada al maestro;
y es enfadoso mirar
cómo abusan del poder
que tienen para vencer

sin precision de luchar;
qué influencia sobrehumana
les ha otorgado Luzbel,
contra el hombre, desde aquel
negocio de la manzana?
Por qué nos falta entereza,
dando á sus palabras fe,
y solo al mirar su pié
se nos marcha la cabeza!
Por que con negra maldad
burlándose del cariño,
mientras nos hacen un guiño,
nos roban la voluntad.
Mas álguien viene; haga Dios
que sin paliza salgamos...
Es él!... sí... don Luis!... volvamos
á andar de la farsa en pos. (Se esconde.)

ESCENA VII.

DON LUIS.

DON LUIS. Hoy, como ayer, mudo todo;
siempre cerrado el balcon,
sin que encuentre el corazon
de calmar su angustia, modo.
En vano apelé á los celos,
tormento de la mujer,
en vano quise poner
juntos amor y desvelos;
que, ó no mueve sus enojos
ver que á otra mi amor entrego,
ó se tornó en nieve, el fuego
que destellaban sus ojos.

MÚSICA.

Ilusiones de amor placenteras
que halagaron un dia mi sér,
ya marchitas las veo alejarse
para no volver.

Sin la fe que en mi pecho doliente,
pudo un dia fijar mi pasion,
al mirar muerta ya mi esperanza
pobre corazon!

Adios mi ventura,
mis sueños adios,
del pecho la calma
para siempre huyó.

ESCENA VIII.

DICHO y PEREA.

HABLADO.

PEREA. (Esta es la ocasion; salgamos
y mucho de taconeo.) (Saliendo.)
DON LUIS. Que un hombre se acerca creo!
Quién va?
PEREA. (Me vió.) Quiénes vamos?
decid, y direis mejor,
porque en todos mis asuntos,
siempre caminamos juntos
mi persona y mi valor.
DON LUIS. Asaz hablador está,
y de no ser un cobarde
hace alardo!
PEREA. Yo hago alarde
de lo que quiero. (Agua vá!)
D. LUIS. Vive el cielo, que insolente
no hará que mi puesto ceda.
PEREA. Despejad, para que pueda
pasar más cómodamente.
DON LUIS. Si quereis el paso franco (Desenvainando.)
buscad espada y fortuna.
PEREA. Eh! poco á poco, esa es una
salida de pié de banco.
DON LUIS. A ver si ese acero alza
como el mio lo desea.

PEREA. Calle, si es don Luis! (Haciendo que le reconoce.)
DON LUIS. Perea!
PEREA. El mismo que viste y calza!
DON LUIS. Por fin logré darte alcance!
PEREA. Me buscabais?
DON LUIS. Si, á fé mia.
PEREA. Pues... si no es por mí, podia
haber ocurrido un lance. (Con petulancia.)
DON LUIS. Si ayudar quieres mis planes
y ganarte una soldada,
sin que te cueste á tí nada,
puedes calmar mis afanes.
PEREA. Decid, pues, que ya os escucho.
DON LUIS. Doña María?...
PEREA. Tan buena!
DON LUIS. Pena mucho.
PEREA. Nada pena!
DON LUIS. Y está satisfecha?
PEREA. Mucho!
DON LUIS. Piensa en mí?
PEREA. Qué ha de pensar!
DON LUIS. Pronuncia mi nombre?
PEREA. (Señal con la uña en la boca.) Ni esto!
DON LUIS. Y está alegre?
PEREA. Por supuesto!
DON LUIS. No llora?
PEREA. Qué ha de llorar!
DON LUIS. En qué piensa?
PEREA. Qué sé yo!
DON LUIS. Con que me ha olvidado?
PEREA. Sí!
DON LUIS. A quién se lo ha dicho?
PEREA. A mí!
DON LUIS. Mas no te equivocas?
PEREA. No!
DON LUIS. Infame! Traidora! Infiel!
Pérfida! Falsaria! Aleve!
Quien así se porta, debe
tener en sus venas hiel!
PEREA. Calmáos, Don Luis!
DON LUIS. No hay medio!
PEREA. No es suya toda la culpa!

DON LUIS. En vano buscas disculpa!
PEREA. De Francia vino el remedio.
DON LUIS. Cómo? Explícate!
PEREA. Ha llegado
un primo, buscando arrimo,
y entre el padre, ella, y el primo...
DON LUIS. Concluye!
PEREA. Se han emprimado!
DON LUIS. Oh rabia!
PEREA. Pronto la boda
debe ya tener lugar,
que se debe celebrar...
DON LUIS. No por Dios. La sangre toda
de ese rival maldecido
he de beber, yo lo abono,
y solo calma mi encono,
mirarle á mis piés tendido.
PEREA. Mas ved, Don Luis!...
DON LUIS. Qué razon
podrá hacer que el pecho calle?
Y cómo evitar que estalle
de enojo mi corazon?
Malhayan en tan ruines séres
que Dios por castigo envía,
y malhaya quien se fía
en palabras de mujeres!
PEREA. Muy bien dicho; fregatrices
compuesto de soliman,
que al fin y al cabo, nos dan...
con la puerta en las narices!
Quién disculpa su rareza,
y su estilo... descortés,
de quitarse por los piés
lo que entró por la cabeza?
Sólo estas farsas odiosas
nos deben hacer pensar,
lo que se puede esperar
del que hace al revés las cosas
DON LUIS. Dí á esa mujer fementida,
cuando la llegues á ver,
que no crea que á perder
voy por su infamia, la vida.

Que la ódio!

PEREA. Se lo diré!

DON LUIS. Que la olvido!

PEREA. Por supuesto!

DON LUIS. Y que, en fin... que la detesto!

PEREA. (Y que se continuará!)
Adios!

DON LUIS. Dile...

PEREA. Qué le digo?

DON LUIS. Nada!

PEREA. Mejor para mí.

DON LUIS. Pero, no; aguarda, sí, sí!
dile!... que yo la maldigo!

PEREA. (Si sigue así, en conclusion,
va á atentar á su decoro!)

DON LUIS. Dile además! (Transicion.) Que la adoro
con todo mi corazon!

PEREA. Sereis servido fielmente.

DON LUIS. Sólo en tí, Perea, fio!

PEREA. (Dios quiera que de este lio
no salga yo al fin caliente.)
(Entra en la calle de al lado de la casa.)

ESCENA IX.

DON LUIS y DOÑA ENRIQUETA que sale á su habitacion.
Luego DOÑA MARÍA y PEREA ocultos.

DOÑA ENRIQ. Si no me engaña el deseo.
me pareció sentir ruido...
Será Don Luis? (Mirando por la reja.)

DON LUIS. De qué sirve
que por lograr mis designios,
á esa Enriqueta enfadosa
prodigue amores mentidos?

DOÑA ENRIQ. El es, sí... Don Luis! (Llamando.)

DON LUIS. Quién llama?
(Ella!) A buen tiempo has salido!

DOÑA ENRIQ. Cómo, Don Luis, de ese modo
tan apartado te miro,

cuando tu presencia calma
las penas del pecho mio?

DON LUIS. No tus reproches merezco,
que si me viste en tal sitio,
fué sólo que en tí pensando,
y con tu amor abstraido,
ni dónde estaba sabia;
y engolfado en tu cariño,
por no espantar mi ventura,
ni lanzar quise un suspiro.

DOÑA ENRIQ. Mi afan calmas de manera
que cesa el fiero martirio,
á que dió causa sin duda
tu frialdad y desvío.

DON LUIS. Sí, Enriqueta, bien tu pecho
reposar puede tranquilo,
sin que le causen congojas
las asechanzas del mio.

(Doña María entreabre la puerta de su casa y llama á Perea, que estará tras de la esquina; éste sale y cierra la puerta, procurando llamar la atencion de doña Enriqueta y Don Luis.

DOÑA MARÍA. Perea! (Llamando en voz baja.)
PEREA. Señora! (Idem.)
DOÑA MARÍA. Fuerza
es dar fin al sacrificio;
haz ruido, como fingiendo
que de la casa salimos.

PEREA. Más embrollos!
DOÑA MARÍA. Obedece!
PEREA. Obedecer es mi sino.
DOÑA ENRIQ Veo dos bultos!
DON LUIS. No temas,
que espada tengo en el cinto.
con la cual se pone coto
á rufianes y atrevidos.

ESCENA X.

DOÑA ENRIQUETA, en su casa, DOÑA MARÍA, DON LUIS y PEREA en la calle.

DON LUIS. Quien vá allá.
DOÑA MARÍA. Quien nunca en vano (Fingiendo la voz.)
soporta obstáculo alguno,
y contesta al importuno
con su acero toledano.
DOÑA ENRIQ. (Cielos, don Juan!)
DON LUIS. Vive Dios
que las caras nos veremos.
DOÑA MARÍA. Esa es cuestion que debemos
ventilar sólo los dos.
DON LUIS. Castigar sabré esa audacia,
si es que no os falta hidalguía.
DOÑA MARÍA. Bien. (Con indiferencia).
PEREA. (Dios te salve María!)
DON LUIS. Salid.
PEREA. (Llena eres de gracia.)
DON LUIS. Y de la noche al abrigo,
cada cual con su valor,
veremos quien vencedor vuelve.
PEREA. (El señor es contigo.)
DOÑA ENRIQ. Gran Dios!
PEREA. (Bendita tú eres...)
DOÑA MARÍA. Vamos, y os he de probar
que no me arredra luchar.
PEREA. (Entre todas las mujeres!)
DOÑA MARÍA. (Este lance es el *nom plus*!)
DOÑA ENRIQ. (Mi honor va á pagar tributo.)
PEREA. (Ay!... y bendito es el fruto
de tu vientre, amen Jesús.)
(Salen Doña María y Don Luis.)
DOÑA ENRIQ. Se marchan desafiados!
PEREA. Sí, señora, por tu amor
van á pincharse!
DOÑA ENRIQ. Qué horror!
PEREA. Dios nos coja confesados! (Váse corriendo).

ESCENA XI.

DOÑA ENRIQUETA y LUCÍA; luego DOÑA MARÍA y PEREA.

DOÑA ENRIQ. Lucía ven!
LUCÍA. Qué se ofrece! (Saliendo).
DOÑA ENRIQ. Qué van, ay de mí, á matarse!
LUCÍA. Quiénes?
DOÑA ENRIQ. Don Juan y don Luis!
LUCÍA. Qué decís? Vírgen del Cármen!
No veis? Lo que yo temía.
Vos sin querer escucharme...
DOÑA ENRIQ. No es ocasion de sermones
sino de evitar el lance.
LUCÍA. Y qué hacer?
DOÑA ENRIQ. Lo sé yo acaso?
Los dos son hombres tenaces,
y no estarán satisfechos
hasta ver correr su sangre.
LUCÍA. Santo Dios!...
DOÑA ENRIQ. (Tomando una resolucion). Ven por el manto!
LUCÍA. Qué intentais?
DOÑA ENRIQ. Darles alcance,
y evitar con mi presencia
que mi honor así difamen.
LUCÍA. Ay! qué cabeza más loca!
DOÑA ENRIQ. Vamos dentro, no te pares. (Entran las dos).
DOÑA MARÍA. Corre, Perea! Saliendo).
PEREA. (Muy fatigado). Ya corro,
que no hay diablo que me alcance!
DOÑA MARÍA. Si nota que no le sigo
Qué dirá vuestro tutor
acaso venga á buscarme.
PEREA. Yo pensé que iba de veras.
DOÑA MARÍA. Sólo fué para alejarle:
y al revolver una esquina
dejarle plantado.
PEREA. Lance
fué, que me puso en cuidado:

mas cielos ya no hay escape!
por allí se acerca un bulto.

DOÑA MARÍA. Descansa; en último trance
me descubro.

PEREA. No es preciso.

DOÑA MARÍA. Por qué?

PEREA. Porque es vuestro padre
quien se acerca.

DOÑA MARÍA. Eso es peor.

PEREA. Yo me encargo de asustarle.

DOÑA MARÍA. Tú?

PEREA. Sí señora, conozco
de su valor los alcances.

ESCENA XII.

DICHOS, y DON PEDRO.

DON PEDRO. (De seguro, en la ventana
está la pobre esperándome!...)

PEREA. Alto allá!

DON PEDRO. Cómo?

PEREA. Despeje,
si es que no quiere encontrarse
con quien le quite de un tajo
sus años y sus achaques.

DON PEDRO. Sabeis quién soy?

PEREA. Lo sospecho.

DON PEDRO. Voy á mi casa.

PEREA. Esperarse
á que termine el negocio
que tengo por esta calle,
y podreis pasar entonces.

DON PEDRO. Encumbrado es mi linaje,
y en calma sufrir no puedo
insultos de los rufianes;
conque, á ver, dejadme paso!

PEREA. Hijo soy yo... de mi padre,
y con mi espada y mis puños
dar con vos pudiera al traste.

DON PEDRO. Alcalde soy!
PEREA. Un refran
asegura, que más vale
ser... aquello...
DON PEDRO. (Interrumpiendo.) Le conozco.
Mas, ¿no temeis que os delate
á la ronda?
PEREA. Ni pensarlo...
DON PEDRO. (Más conveniente es dar parte
á la ronda, que lo coja,
y que lo meta en la cárcel.)
PEREA. Conque, vamos!...
DON PEDRO. Al momento.
(Descuida, que ha de pesarte.) (Váse.)
PEREA. Ya lo veis! (A doña María.)
DOÑA MARÍA. Perfectamente;
mas no es el suyo carácter
para dejar esto así,
y dentro de poco, es fácil
que regrese acompañado.
PEREA. Pues á casa!
DOÑA MARIA. No, la llave
que esa me ha dado, nos pone
á cubierto de un percance.
PEREA. Adentro, porque ya escucho
pisadas por esta parte.
DOÑA MARÍA. Vamos allá!
(Se dirigen á la puerta, y mientras abren, salen de la habitacion Doña Enriqueta y Lucía.)

ESCENA XIII.

DOÑA MARÍA, DOÑA ENRIQUETA, LUCÍA y PEREA en la casa; poco despues, y en corto intervalo, DON LUIS y DON PEDRO.

DOÑA ENRIQ. Date prisa. (A Lucía.)
que acaso lleguemos tarde.
LUCÍA. Andan en la cerradura!
DOÑA ENRIQ. Quién vá!
DOÑA MARÍA. (Entrando con Perea.) Soy yo, no asustarse!

LUCÍA. Dios mio!
DOÑA ENRIQ. Ha muerto Don Luis?
DOÑA MARÍA. No se llevó á efecto el lance.
LUCÍA. Respiro!
DOÑA MARÍA. Pero de nuevo
temo que aquí he de encontrarle.
Tú, Perea, si llamára
por la ventana, le abres,
y Lucía por la puerta,
si es que á la puerta llamase.
DOÑA ENRIQ. Qué intentas?
DOÑA MARÍA. Tu villanía
y tu traicion demostrarle.
DON LUIS. Por Dios, que es chasco pesado, (Entrando.)
y nécio es, sino cobarde,
quien para volver la espalda
vino á excitar mi coraje.
Enriqueta tal vez tema
para su honor un percance,
y es justo tranquilizarla
por más que su amor me canse.
(Don Luis llama á la puerta, Perea apaga la luz y Lucía abre.)
LUCÍA. Llaman!
DOÑA MARÍA. Apagad la luz,
y abrid!
LUCÍA. Que Dios nos ampare!
DOÑA MARÍA. Cuidado con advertirle
y hacedle entrar al instante!
LUCÍA. Pasad! (Abriendo la puerta.)
DON LUIS. (Entrando.) Mi amor! (Coje una mano á Luíca.)
LUCÍA. (Ay! Me toma
por el ama? Pues dejadle!)
DON PEDRO. Si no me engañan los ojos (Asomando.)
ya se ha marchado el bergante.
DOÑA ENRIQ. Don Juan! (En voz baja y suplicante.)
DOÑA MARÍA. Silencio!
DON LUIS. (A Lucia.) Tus penas
vengo tan sólo á que calmes.
DON PEDRO. Lleguemos á la ventana. (Llamando.)
PEREA. Señora, que llaman!
DOÑA MARÍA. Abre!

DON PEDRO. Bien mio! (A Perea.)
PEREA. (El viejo!)
DON LUIS. (A Lucía.) Alma mia!
DON PEDRO. Deja que en tu mano estampe
un beso. (Besándole la mano.)
PEREA. (Atrácate, hijo!)
DOÑA MARÍA. Va á ser divertido el lance.

(Quedan colocados á la izquierda don LUIS, teniendo cogida la mano de LUCÍA, en medio doña MARIA; y doña ENRIQUETA, y à la derecha PEREA asomado á la ventana; don PEDRO en la calle, y hablando con PEREA.)

MÚSICA.

DON PEDRO. Por qué, mi bien, tus lábios
se obstinan en callar,
si tu silencio, hermosa,
matando el alma está?
Por qué escuchar no logro
de nuevo el dulce sí,
cuando la vida paso
dichoso junto á tí? (Besa la mano á Perea.)
DON LUIS. No temas, alma mia!
Recobra ya la paz,
pues de que no hay peligro
te doy seguridad;
si es que tuviste acaso
algun temor por mí,
amante como nunca
me tienes junto á tí. (Besa la mano á Lucía.)
DOÑA MARÍA. (Por Dios que ya me pesa
mi amante terquedad,
que disculparla sólo
podrá mi tierno afan.
Los dos equivocados
llegaron hoy aquí,
sin sospechar que puedo
su amor burlar así.)
DOÑA ENRIQ. (Embrollo tan terrible,
en qué vendrá á parar?
Las fuerzas me abandonan,

y tiemblo á mi pesar.
Por necios devaneos
mi amor sucumbe aquí,
al ver ambos galanes
su amor burlado así.)

PEREA. (Qué viejo más zoquete!
No cesa de besar,
sin ver que tengo el cútis
igual que un cordoban;
por Dios que ya me canso,
y si prosigue así,
un manoton de marca
le pego en la nariz.)

LUCÍA. (Jamás me dijo amores
un mozo tan galan,
y á mi pesar, recuerdo
la bella mocedad;
el corazon que helado
por siempre yo creí,
latir de nuevo siento
con fuerza juvenil.

(La ronda, precedida de un Alcalde, asoma por una esquina, y bajando y subiendo sus linternas, vá avanzando poco á poco, hasta que cercan á don Pedro y se apoderan de él; éste, á la luz de las linternas, reconoce á Perea, quien cierra precipitadamente la ventana.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CORO y un ALCALDE.

CORO. Silencio, compañeros,
la calle hay que cercar,
á ver si entre las uñas
cojemos al rufian;
las señas son exactas,
un hombre veo allí; (Le sorprenden.)
ya estás entre mis manos,
bribon, ya te cogí.

(Se apoderan de don Pedro, que forcejea por desasirse.)

HABLADO.

ALCALDE. Alto, en nombre de la ley!
PEREA. La ronda! (Cerrando la ventana.)
DON PEDRO. Perea!
ALCALDE. Atadle.
DON PEDRO. Teneos! (Volviéndose.)
ALCALDE. Don Pedro Urquiza!
DON PEDRO. El mismo, señor alcalde.
ALCALDE. Como mandásteis prender
al que hubiera en esta calle...
DON PEDRO. Está bien; ahora es preciso
entrar ahí á todo trance. (Por la casa de doña Enriqueta.)
(Mi criado en esa reja!...)
ALCALDE. En nombre del rey! (Llamando.)
PEREA. (A doña María.) Se abre?
DOÑA MARÍA. Y qué hacer? (Perea abre la puerta.)
(Todos entran; á la luz de las linternas se reconocen, y don Luis suelta á Lucía.)
ALCALDE. Pasad, Don Pedro.
DON LUIS. Ella aquí? (Asombrado.)
DON PEDRO. Mi hija!
DON LUIS. (Viéndole.) Su padre!
DOÑA MARÍA. Nada que afrentarme pueda
teneis, señor, que afearme;
el amor causa es de todo:
víctima de sus arranques
probar quise á un fementido,
que hace mal en desdeñarme
por una mujer, que tiene
á docenas los galanes.
DON LUIS. Tambien vos de vuestro primo
los obsequios escuchásteis.
DOÑA MARÍA. No hay tal primo; fuí yo misma
la que ha querido burlarte.
DON PEDRO. Vos partireis á un convento:
disponed vuestro equipaje.
DOÑA ENRIQ. Justo es, señor, el castigo,
y es mi deber acatarle. (Váse.)
DON LUIS. Por darte celos fué todo.

Y hoy que ví tu amor constante,
quiero, ya que el mio ha muerto,
ver en el tuyo otro padre.

DON PEDRO. Quien mi honor así repara
gran merced me hace al honrarme.

DON LUIS. No pueden caber reparos
allí donde no hay ultrajes.

LUCÍA. Y Perea, nada dice?

PEREA. Sí, señora; que me place
haber dejado mi nuevo
comercio de antigüedades.

LUCÍA. Siempre me pasa lo mismo;
cuidado que es suerte infame. (Vase.)

DOÑA MARIA. Don Luis, perdono y olvido!

DON LUIS. Con mi amor sabré pagarte!

MÚSICA. (1)

DOÑA MARÍA. Amor es libre
como las aves,
como las brisas
que vagan suaves
besando flores,
rizando el mar.
¡Ah!
En tiernos lazos
por siempre unidos,
la vida un sueño
de amor será.

TELON.

(1) *Si la tiple encargada del papel de Doña María no quisiese cantar este rondó, puede finalizar la zarzuela con la cavaletta del duo de tiple y tenor cómico: ambas piezas constan en la partitura original y deben copiarlas todos los archiveros que tengan esta obra.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 4 rs